

COFRADES.
SEGUNDA GENERACIÓN

ARMANDO ALONSO DE ALBA

Poeta y periodista nacido en Aguascalientes con estudios en la UNAM. Director de la revista *Tiempo de Aguascalientes* que, por muchos años, se constituyó como una alternativa profesional al periodismo local impreso; aún sigue de manera digital (www.tiempoags.com). Ha sido conductor de radio y televisión, así como promotor y editor de la obra de poetas locales. Escribe en su columna virtual “La vida breve”, ampliamente recomendable. Es autor del libro *Tardes y adelfas*, publicado por la UAA. Una noche llegó a una reunión de La Cofradía y compartió con modestia sus opiniones, siendo un gran creador de poesía.

Las mudas palomas

Tertulias. Una mañana como todas estas de octubre o noviembre con ventarrón y aves allá afuera, sobre la avenida Madero.

Mujeres de azul y rosa, de medias oscuras y navegantes. Una mañana mientras el contertulio, sin acabar de apurar el trago de café, citaba a voz abierta aquello de: “Mujeres que pasáis...”.

Debió ser el momento en que las hojas de los árboles y las hojas de los hombres y de las mujeres –allá afuera en la Plaza– se fueron convirtiendo en algo así como mudas palomas. Una hora y otra, y entonces el grueso del silbato por toda la calle, por toda la ciudad, como un río loco, como un río niño, la anunciación del regreso.

“Escupe en el rostro de los descreídos,
para ellos todo verdor no es más que herrumbre”.

Había fognazos de tiempo en el aire del salón, un pozo y un surtidor atados al humo y sus espacios, al aroma del grano, a toda esa memoria desenhebrándose bajo el ventilador. Toro boyante en el cristal de los ojos.

Estábamos viendo pasar la contundencia de aquel río, nuestro nacimiento, nuestro funeral, el pan con briznas de otoño, el periódico sin edad, el ayer, el paisaje que vendrá esta tarde, y ahí nuestro corazón, como un auto grana yendo y viviendo por esas calles, donde un altísimo mar hacía cantar a las sirenas.

Una mañana como todas estas de octubre o noviembre con ventarrón, aves, mallas oscuras y navegantes, allá afuera.

Calles, ciudad de la luna de agosto, estío de lobos y canciones dulces.

Pasaste tocando tu cabello ensortijado por el viento. Las manos del mediodía daban el ritmo de tu corazón a mis ojos. El silbato estremecía las hojas.

Carta segunda

Antes fue el mar
la cordillera tras la niebla,
tu casa océano adentro
la tarde gris como una perla
como el cabello de tu amada
como ese mar montado sobre un tiempo
de rostros nobles que se fueron.
Estás ahí, en el mar contenido de esa foto.
El mar que nos han dicho
está siempre empezando.

Ahí estás, Padre, inmóvil
a la mitad del blanco y negro
entre las olas y la arena
como una isla solar, resplandeciente
antigua cual las nubes,
que fueron también, aquella tarde.

Quiero decir;
¡qué poco queda!
-la cordillera, el alborozo-
del campo de palomas
allá tras de nosotros.

Quizá la tarde y sus espumas
y algún barco encallado.
¡Qué poco queda, Padre!
Como una isla solar, resplandeciente.

Como en el cine

*

Decías que era un paisaje de muros con los días contados. Que todo el mes de julio estaba enredado a ese vórtice donde una lluvia siempre conduce a otra, como de un tren a otro, como de una recámara a otra el deslavadero del tiempo. Decías que era el paisaje, las despedidas por la tarde, el nombre de las cosas que ya no están, que tampoco recuerdas.

**

La enorme cortina de la lluvia no acaba de bajar. Sombras verdes a contracorriente, radios apagados, corazones sin conexión, presencias, pasos y voces al otro lado de la borrasca donde ya no existe el rostro de aquellas casas, y en algún cine termina la función.

Algo se agita entre los árboles –brazos nadando allá afuera–, en el centro del vórtice. Algo más fuerte que la niebla golpea en las aceras, y un golpe lleva a otro como el aire al aire, como unos ojos a otros, cuando uno se ha quedado dormido en el cine y la oscuridad es la película.

Se lo digo en breve, usted es parte fundamental de esta tristeza, señor Marlon Brando. Usted y eso del viento en su cabello o su mirada clavada en el vaso de licor, su forma quieta y blasfema

de caminar frente a la mar que a muchos parecía como la ronda del león por las orillas del abismo. Usted que no necesitaba la lluvia para hacerle versos a la muerte, a la vida. Esa vida que sobre la cubierta del Bounty al fin lo ha abandonado.

Lo recuerdo a través de esta lluvia impenetrable, sorda, como si hubiese sido ayer apenas cuando nos encontramos –decididos, silenciosos–, con las manos en los bolsillos, en esos cruces, entre el Cine Colonial, El Plaza, El Encanto y alguno que otro muro derribado.

Usted, señor Marlon Brando, es en buena parte responsable de esta tristeza de hoy.

La pasión de Jaime Humberto Hermosillo

En Aguascalientes conoció bien su ciudad, su pueblo, tranquilo y sencillo, donde hoy por hoy las apariencias siguen siendo engañosas y las pasiones cada vez más terribles.

Armando Alonso de Alba

Para quienes no lo conocen o poco saben de él, habrá que decir que el realizador hidrocálido ha sido uno de los creadores cinematográficos más importantes de nuestro país, lo mismo criticó la endeble moral de la sociedad o se atrevió a hablar de temas que muchos siguen considerando tabú.

“Jaime Humberto Hermosillo, fue siempre un hombre digno, valiente, transgresor y coherente”. “Ver su filme *La pasión según Berenice* me hizo creer que se podía ser cineasta en provincia”, destaca Guillermo del Toro al hablar de la partida de Jaime Humberto. María Rojo, quien trabajó con Jaime Humberto en *María de mi corazón* (1979), bajo el guion de Gabriel García Márquez; *La tarea* (1990), *La tarea prohibida*

(1992), *De noche vienes*, *Esmeralda* (1997), *El edén* (2003), *El misterio de los almendros* (2004) y *Dos auroras* (2005), lamentó también el deceso del director nacido en Aguascalientes hace 77 años (1942): “Es un día de luto para el cine mexicano porque estamos hablando de uno de los directores más importantes de este país, y quien para mí fue un amigo de media vida. A Jaime le debo mi carrera en el cine”, expresó.

En Aguascalientes filmó dos cintas, en 1974, *La pasión según Berenice*, con la que ganó el Premio Ariel a la Mejor Dirección (1975), protagonizada por Pedro Armendáriz Jr. y Martha Navarro, una de sus mejores películas y que algunos sabedores incluyen entre las 25 mejores películas hechas en la historia del cine mexicano; y *Las apariencias engañan*, estrenada en 1983, que contó con las actuaciones de Gonzalo Vega, Isela Vega y Manuel Ojeda. La cinta estuvo censurada en nuestro país por cerca de cinco años.

La pasión de Hermosillo comenzó en su natal estado, cuando se escapaba de la escuela para correr al cine Rex, localizado en la calle 5 de mayo, cerca de su hogar, ya que la familia Hermosillo vivía en la calle Juárez, casi a un lado del negocio de vinos y licores La Bombilla. Estudió en la Escuela Llamas la llamada carrera de Comercio. En el Rex y en el Alameda conoció los seriales de Flash Gordon, los wésterns de John Ford y Howard Hawks, así como el colorido mundo de ensueño planteado por los musicales de Vincente Minnelli.

A los veinte años emigró de Aguascalientes para trabajar en la Ciudad de México, donde al poco tiempo ingresó al CUEC a estudiar Cine. Todas sus cintas resultan distintas entre sí, desde un plano único, como *Intimidades en un cuarto de baño* (1989), comedias como *Doña Herlinda y su hijo* (1984), evocaciones fantasmagóricas como *eXXXorcismos* (2002) y hasta monólogos filmicos como *El más espantoso infierno* (2010). Obtuvo muchos y diversos premios en México.

Su primera película, *Los nuestros* (1969), forma un retrato demoledor de los peores vicios privados y virtudes públicas de la clase media mexicana, institución a la que, desde la perspectiva del cineasta, sólo le queda desmoronarse a través de una ruptura de su rancio orden establecido.

En 1986 fundó la Muestra de Cine Mexicano en Guadalajara, que ahora es conocida como el Festival Internacional de Cine en Guadalajara (FICG), uno de los festivales más importantes de Iberoamérica. Además, ejerció la actividad académica, tan intensa como su quehacer fílmico. Algunas generaciones del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos y el Centro de Capacitación Cinematográfica se formaron gracias a Hermosillo. Fue un hombre de cine y un personaje universal.

En Aguascalientes conoció bien su ciudad, su pueblo, tranquilo y sencillo, donde, hoy por hoy, las apariencias siguen siendo engañosas y las pasiones cada vez más terribles. Para conocer y saber contar el mundo, a la manera de Tolstoi, primero conoció, y bien, el lugar donde nació y creció. La tierra le sea leve.

Una ciudad silenciosa, translúcida, merecedora de volverla a imaginar

*Óyeme a mí decir que no me iré.
La ciudad se morirá conmigo,
yo estaré en su fundamento.
Alejandro Aura, Hacer ciudades*

La crisis del coronavirus ha transformado las condiciones de vida de las grandes ciudades, ojalá no volvieran a ser las mismas. De pronto nos encontramos con que desde nuestras ventanas entra un aire limpio y si nos buscamos un buen sitio para mirar al exterior hasta podremos vislumbrar esa ciudad amable

donde nos gustaría vivir, silenciosa, translúcida, merecedora de volverla a imaginar como surcando, lenta en el tiempo, por esos caminos, por entre esas avenidas y casas con su impronta de pájaros y de árboles, de ferrocarriles y silbatos. Ahora que es posible reconstruir desde el recuerdo citas y sitios, días de guardar y horas jubilares, y otras vez memoria y deseo.

En medio del dolor causado por la pandemia y las pérdidas inherentes al confinamiento, muchos ciudadanos vislumbramos otra ciudad tras el ánimo lleno de nubarrones que han traído estos días. La ciudad en que nos gustaría vivir y que tantas veces, entre la transfiguración de las edades, ha venido con nosotros y nosotros con ella. No la ciudad de la memoria borrada, de los pasos en falso, sino la de José Emilio Pacheco: “Es un milagro que tus ojos se posen/ en un papel de la calle./ Haz con él lo que quieras”.

Y sí, hay que entender también que detrás de esas ventanas están los días excepcionales, la situación de urgencia y precariedades, la parálisis de la vida económica, social y cultural que debemos superar lo antes posible. Sin embargo, no quise desaprovechar la oportunidad de replantearme un modelo urbano nuevo. La ciudad de la memoria resurgiendo de sus cenizas, la ciudad que no es tan sólo la de ayer con la de hoy, sino de la que hablarán nuestros hijos y nietos cuando no estemos, luz y sombra: “Y a pesar de todo esto aún creo en ti,/ enigma de lo que existe:/ horrible, absurda, gloriosa vida/ que no cambiamos (ni en el anzuelo) por nada”, José Emilio Pacheco.

Confieso que prefiero las ciudades compactas, salvo alguna que otra gran urbe llena de tilos, sicomoros y pinos que surgen de la piedra y los milenios, puentes y ríos que en las mañanas parecen de cristal sobre la corriente gris y verdosa, y sé que alguna vez este páramo denso y complicado –salvo que continúe su obcecada ruta hacia una muerte de lentas agonías– tendrá que ser así: sustentable, más amable y generoso y

menos disperso, más repartido, pero no en pedazos, sino algo así como que toda la ciudad pueda volver a ser de todos.

¿Quién no prefiere una ciudad con pulmones fuertes? Una ciudad que huela a tierra y a hojas por entre este mundanal de concreto que nos ahoga en los mediodías y hace que los pájaros nos miren con pupilas desorbitadas, huérfanos de ciudad arrematados en los atardeceres de los aparcamientos y condenados a perecer en el sopor de esos camellones mullidos. Muerte entre las flores. ¿Y qué seremos entonces sin pájaros? Ciudadanos de una ciudad agobiante, cercenada, dividida por muros y murallas donde deambulan ciudadanos de primera, de segunda, de tercera y hasta de cuarta, así de obscuro y vergonzoso.

Ojalá no volvieran a ser las mismas. Soy de los que no quieren ese regreso a la normalidad, ese seguir camino hacia la sequía irreversible, ese volver a las calles entre los días insolados que se transitan por una ciudad poblada de infamantes desolaciones, de pobreza y abandono, de confusión y ruido, de desgobiernos y sociedades mutiladas, disociadas, siempre antitéticas. Luz y sombra, pero más sombra.

Ojalá cuando venga la desescalada nuestras vidas sufran una metamorfosis obligatoria en la que no pocas cosas se queden por el camino. Nos dirigimos hacia otra realidad, y de la incertidumbre y los temores ya sembrados podemos, si es que queremos, recoger algo que haga de nuestros venideros encuentros una reunión en donde la capacidad de nuestros asombros llegue con solidaridad, con mejores, más fuertes e irrenunciables propósitos. Que seamos capaces de darle en verdad un nuevo significado a nuestra convivencia.

Tomó nota además de que, entre el deslumbramiento de un nuevo camino, soy también uno entre los muchos que dudamos que el coronavirus podrá hacernos aprender la dura lección que estoy seguro otros sí aprenderán. Tal vez sea definitivo eso de que vienen con nosotros cosas que seguirán inamovibles por-

que viven en lo más profundo de nuestra idiosincrasia. Qué pena si así ocurre.

Apelo, además, a la construcción de una crítica imprescindible. Lo que los ciudadanos reclamamos son propuestas para abreviar el túnel que apenas hemos empezado a transitar. Camus, en su carta a los médicos y escrita en los llamados *Archivos de La peste*, en 1941, cerca de cinco años antes de la publicación de la novela, les dice:

El alma sosegada es la más firme. Ustedes se mantendrán firmes ante esa extraña tiranía. No servirán a una religión tan vieja como los cultos más antiguos. Esa mató a Pericles, que no quería más gloria que la de no causar el luto de ningún ciudadano, y no ha cesado de diezmar a los hombres y exigir el sacrificio de los niños desde aquel ilustre asesinato hasta el día en que descendió sobre nuestra ciudad inocente. Aunque esa religión procediera del cielo, deberíamos afirmar que el cielo es injusto. Si llegan ustedes a ese punto, no verán en ello motivo alguno de orgullo. Al contrario, deberán pensar con frecuencia en la propia ignorancia, para estar seguros de observar la medida, única señora de las epidemias.

Termino por esta vez con los versos de Alejandro Aura: “Que parta el hombre común de cara lisa/ que todavía cree en la salvación/ y el robusto padre de familia/ que busca dominar al sol./ Óyeme a mí decir que no me iré. La ciudad se morirá conmigo, yo estaré en su fundamento”.

* 13 de mayo de 2020.

Historias extraordinarias y ordinarias: enfermedad, peste, injusticia y bárbaro tiempo

Todo parece engañoso dentro de este ambiente navideño que para desgracia nuestra no es parte de una navidad más, sino de un relato de angustias y presagios, malos presagios para colmo, y aun así no queda de otra más que sostener la razonada esperanza de que saldremos a flote, a flote, sí, porque de alguna manera el viaje de vida ha naufragado ante la peste mundial que no es otra que consecuencia de nuestros olvidos y de nuestros agravios, con los demás, con nosotros mismos, contra la naturaleza. «Quien siembra vientos cosecha tempestades», dice la vieja Biblia.

El cuento, que puede llegar a ser la más luminosa de las ficciones, se nos ha vuelto una narración por demás realista, donde los sucesos y los deseos ficticios o de carácter fantástico nos vuelven a los ambientes sórdidos de las *Historias extraordinarias* de Poe, nuestro gran poeta muerto, tal vez de frío, en un invierno inclemente y prematuro de octubre en 1849, con sus pulmones y su corazón atosigados por las piedras de la indiferencia social, quizá reventados por el alcohol o el láudano, tal vez ambos. Quizá abatido por la inhalación de monóxido de carbono de la leña ingrata usada para calentar su precaria vivienda, quizá por todos esos males y otros más, y sí, las versiones son varias, pero lo cierto es que hay, a final de cuentas y de cuentos, muertes y enfermedades que no alcanzan a ser detectadas en los laboratorios, porque la soledad, la angustia, el hambre, la desesperanza no pueden ser detectadas por los rayos X.

Si de cuentos vamos, lo de Dickens es por ahora una mera nostalgia que ha quedado para otros días, ahora que atravesamos días lentos y desgracias veloces, y todo esto, en las calles y en las casas o en los recovecos innumerables de esta ciudad sin nombres y casi sin memoria, se ha convertido en un relato vívido, lleno de contrastes, contrariedades y contradicciones,

pero más allá un cuento a la manera de los sabios proverbios; ahora podremos ver y lamentar de cerca, quizá muy de cerca, esa expresión que, palabras más o palabras menos, nos dice que sí, que los resultados son negativos, éstos sólo pueden ser así porque son la suma de acciones mal encaminadas.

La pandemia, en todo caso, parece, con Navidad o sin ella, el cuento de nunca acabar, porque lo que pasamos ahora, además de los sabidos riesgos que están por todos lados, o casi, por un proceso de galopante incertidumbre, que avanza en la medida en que adquirimos conciencia de la gravedad del momento –del momento histórico–, lo que significa tomar conciencia de la pavorosa indiferencia y falta de solidaridad, de humanidad misma, de los más, entre esta población que nos acompaña y acompañamos en las jornadas cotidianas de esta ciudad, también ya casi sin edad y quizá con el tiempo contado. Es la ciudad en que hemos encanecido, estos espacios clausurados por el mal tiempo, oficialmente o no. Lo nuestro que era y es de todos, pero que cuando esto amaine ya no nos permitirá reunirnos con nuestros amigos y amigas, que se han ido, como en el poema de Homero Aridjis: «ascendiendo ventanas periódicas y estrellas».

Cuento, poema, tesis, metáfora, historia, mito, mito del mito es también *La Odisea* homérica y la nuestra, ayer, hoy, mañana. Ésta deberá ser nuestra nueva síntesis para caminar y para que no olvidemos el camino. Nuestra síntesis deberá ser regresar a donde se haya de regresar y seguir por donde se deba proseguir, pero antes vencer a los monstruos de todos los mares, de todas las tierras, de todas las patrias venerables. Conmovernos con la suerte de Ulises y sus hombres y sus mujeres, tejiendo día a día bajo el ventanal del sol de la esperanza –otra vez la esperanza–, y noche a noche deshaciendo el acecho, alumbradas por la luz palideciente de la muerte.

Historias extraordinarias e historias ordinarias; enfermedad, peste, injusticia, bárbaro tiempo sin compasión, dureza

del mundo, perseguidos, exiliados, repatriados, náufragos de la vida, desahuciados, depauperados, y el barco que avanza con su penúltimo soplo de esperanza pandórica, buscando corrientes menos bravas. Todo parece engañoso, las maderas de la nave crujen atravesando las aguas de invierno: “Y el hombre... Pobre... ¡Pobre! Vuelve los ojos, como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada”.

¿Cómo seguir estas navegaciones? Si Ítaca y aún la misma Troya no aparecen en ninguno de nuestros mapas, ya escritos por el sol fosfórico o por los cuarzos casi invencibles.

Síntesis del regreso que no ha acabado, historia de islas y edades fantasmagóricas y mares donde las sirenas con su canto dulce, violáceo, carnoso, sexual, arrebatan aún el juicio a hombres o mujeres por igual. Esto será parte del viaje. Eros y Tanatos, la resistencia más sólida que nunca ante la tempestad devoradora.

Hasta llegar a otros días menos aciagos, a días y horas para llenar nuestros espacios compartidos, ahora intransitables, de un aire certero e imbatible. Éste es el cuento de navidad y próspero año. Esto el camino, propongo. No hay otro camino más que batallar y vencer. Lo mejor, lo deseable dentro de lo posible.

23 de diciembre de 2020.

